

# Testimonio fotográfico y epistolar de dos emigrantes vascofranceses

Beñat Çuburu-Ithorotz\*

Proponemos presentar a continuación unos documentos valiosos a los que hemos tenido acceso en el marco de un trabajo de investigación acerca de la emigración vasca a América. Se trata de la correspondencia de dos jóvenes oriundos del País Vasco francés que emigraron a México en los primeros años del siglo XX. Consideramos que son documentos excepcionales porque no es tan frecuente encontrar una correspondencia seguida y regular entre los emigrantes. En efecto, estos jóvenes escribieron a sus familias respectivas durante tres años contando los pormenores de su integración en tierra mexicana y acompañando sus cartas con fotografías que enriquecen el aspecto testimonial de sus comentarios.

El primero, Jean Baptiste Lissarrague, emigró en 1902 con apenas 15 años de edad para reunirse con su tío Martín Lissarrague y sus dos primos, Laurent y Joseph, que poseían una tienda de telas en Guanajuato llamada La Bufa. Además de un diario de viaje redactado a bordo del vapor en el que hizo la travesía, Jean Baptiste escribió muchísimas cartas, de las que la familia posee un centenar de ellas escritas entre 1903 y 1906. Mandó también fotografías de la tienda en la que trabajó y de gente con la que se juntaba, emigrantes también en su mayoría. Algunas fotos representan escenas de labores agrícolas sacadas en la hacienda de Santa Rosa León, de la que su primo Laurent era administrador.

El otro emigrante se llama Charles Félix Markassuza y emigró a México con diecisiete años en 1910. Lo llamó su tío, Carlos Markassuza, que se había marchado del País Vasco hacia 1872 y se había convertido en un rico terrateniente, dueño de seis haciendas con varios miles de hectáreas, en los estados de Guanajuato y Michoacán. Las familias Lissarrague y Markassuza se conocían, ya que Martín Lissarrague (tío de Jean Baptiste) y Carlos Markassuza (tío de Charles Félix) eran amigos, y Laurent Lissarrague (primo de Jean Baptiste) era el apoderado de Carlos Markassuza y mentor de Charles Félix durante su estancia en México.



Presentar lo que fue la vida de estos dos muchachos en México sería demasiado largo para estas páginas, así que proponemos comentar algunos extractos seleccionados de sus cartas y fotografías, y que aportan elementos interesantes sobre el México de principios del siglo XX.

Autor no identificado

Tienda La Bufa,  
ca. 1906.

Los empleados eran emigrantes  
vascofranceses o españoles.

Col. Archivo familia Lissarrague

**Jean Baptiste Lissarrague, vendedor de telas en Guanajuato** Jean Baptiste Lissarrague, nacido en 1886, era el mayor de cuatro hermanos. Vivía en Hasparren, pueblo del País Vasco francés donde su padre tenía una pequeña curtiduría. Esta actividad de transformación de las pieles en cuero había sido una de las principales actividades artesanales de la comarca durante el siglo XIX, pero al no poder adaptarse a las nuevas exigencias industriales decayó lentamente en la segunda mitad del siglo y la mayoría de los curtidores emigró para continuar con su oficio. Fue el caso de Martin Lissarrague, tío de Jean Baptiste, quien estaba asociado con el padre de éste y emigró a México para poder reembolsar las deudas de ambos. Después de unos años de trabajo pudo comprar una tienda de telas en Guanajuato, y poseía también una pequeña curtiduría donde ejercía su primer oficio.

Jean Baptiste se embarcó para México el 21 de septiembre de 1902 para unirse con su tío y aprender el oficio de vendedor de telas. Permaneció doce años en México, con una interrupción entre 1907 y 1908 para realizar en Francia su servicio militar. Escribía casi semanalmente a sus padres una carta de un folio o dos, de las cuales se conservan un total de 118, escritas entre 1903 y 1906, en las que el joven



Autor no identificado  
*Interior de La Bufa,*  
ca. 1906

El tercero a la izquierda es  
Joseph Lissarrague, primo  
de Jean Baptiste.  
Col. Archivo familia  
Lissarrague

emigrante narra su integración progresiva, el funcionamiento de la tienda; hace descripciones de la ciudad, de fiestas populares, de espectáculos que describe con sus ojos y palabras de adolescente. Muchas veces las cartas de Jean Baptiste iban acompañadas de fotografías que aportaban detalles o añadían información al contenido de las mismas.

Los vascofranceses se juntaban con sus compatriotas de Vasconia, pero también con todos los franceses y españoles que residían en Guanajuato. Llegaron a forjar sólidas amistades que perduraron hasta después de su regreso definitivo a Francia. Esas relaciones permitieron crear una verdadera red de contactos por todo México, España y Francia que les permitía encontrar trabajo más fácilmente (en la tienda La Bufa trabajaban cinco vascofranceses y por lo menos dos españoles),<sup>1</sup> conseguir préstamos financieros o ayudarse durante los viajes (por ejemplo para hospedarse en Veracruz, puerto de llegada y de salida de la línea de la Compagnie Générale Transatlantique). Jean Baptiste confirma este hecho:

Los comerciantes de aquí se llevan bien. Nuestro establecimiento está entre las tres principales tiendas de telas de la ciudad que no son competidoras sino hermanas. Todos los empleados somos amigos. Estas tres tiendas de las que les hablo son "La Ciudad de México", "Las Fábricas Universales" y "La Bufa" y las tres pertenecen a franceses. Las otras tiendas no valen nada o casi nada (carta del 4 de abril de 1904).

La integración en el país y en el trabajo pasaba por un buen dominio de la lengua española. Parece que nuestros emigrantes no tenían ninguna dificultad para asimilarla. Después de ocho meses, escribe Jean Baptiste:

Para el español, estoy bastante avanzado, lo hablo con fluidez, sin vacilar, pero cuanto más lo aprendo, más me queda por aprender... El día de Pascuas, mi tío y yo fuimos a la misa de las cinco. Nos habíamos confesado la víspera en español, es tan fácil hacerlo como en francés o en vasco... Anteayer fui a ver a un enano. Pagué 20 centavos para entrar y como no había nadie hablé con él durante un cuarto de hora; me dijo que si no le hubiera dicho que era Francés, hubiera pensado que era Español... Ahora trabajo con más facilidad que al principio y hace tiempo que empecé a vender en la tienda (cartas del 18 de mayo y 1 de junio de 1903).

Sin embargo, estaban muy apegados a la lengua vasca y la usaban a diario, en el trabajo o cuando se juntaban con otros amigos vascofranceses, lo que ocurría a menudo porque su casa era etapa obligada de todos los emigrantes de Hasparren recién llegados a México: "hablo el español con bastante facilidad y hasta prefiero hablar en español que en francés. Solemos hablar en vasco en la tienda, una ventaja que nadie tiene ya en Guanajuato" (carta del 13 de octubre de 1903).

La carrera de dependiente para un emigrante empezaba por efectuar las tareas más desagradables de la tienda, como recibir las cajas de mercancías, guardarlas en la reserva y mantener ésta siempre en orden. No por ser sobrino del dueño se libró Jean Baptiste de esta situación; al contrario, siendo el más joven de todos su tío quería que aprendiera bien el oficio y J.B. se esforzaba por no decepcionarle. El muchacho estuvo de aprendiz sin cobrar nada durante nueve meses: "Ya llevo nueve meses aquí y espero empezar a ganar algo después de este inventario. Otto (tío en vasco) me ha dicho hoy: 'Orai hasiko hiz irabazten' 'ahora empezarás a ganar algo'" (carta del 15 de julio de 1903).

El aprendiz subía en el escalafón de la tienda al marcharse otro empleado o al llegar uno nuevo más joven, al que llamaban "el recién pescado":

El Español se fue de repente entonces he cogido su lugar. Y para el mes de octubre esperamos al sobrino del señor Escudero (emigrante español de Santander, amigo de la familia y que trabajaba en la tienda) que es un poco más joven que yo y tendré que enseñarle a ordenar la trastienda (carta del 29 de julio de 1903).

Al cabo de dos años y medio en la tienda, Jean Baptiste era capaz de efectuar todas las tareas propias de un comercio y con el esmero que ponía en efectuarlas se ganó la confianza de su tío y de su primo, que no vacilaron en darle más responsabilidades. Así fue como se encargó de la caja fuerte, de los libros de cuentas, de llevar la cuenta del día al banco, de las gestiones en la aduana o el palacio del gobierno. Cuando estuvo formado y lo suficientemente preparado para trabajar en autonomía, su primo Joseph empezó a planear un viaje al País Vasco en 1905.

A medida que pasaba el tiempo y se volvía más diestro, a Jean Baptiste le iba interesando todo lo relacionado con su oficio; lo que escribe revela detalles de la vida económica del país:

Las ventas siguen siendo muy buenas y como ahora sé alabar el mérito de la mercancía para venderla, estoy cada vez más a gusto en la tienda... El precio del algodón ha subido mucho por aquí. Dos o tres años atrás, valía 18 pesos el quintal y ahora vale cuarenta pesos.

Una tela de algodón crudo que se vendía a 80 céntimos el metro vale más o menos un franco el metro hoy. Creo que pronto ya no se fabricará esta tela porque los fabricantes ganan mucho más haciendo otra cosa. Por suerte, la cosecha de maíz ha sido buena este año, sino la gente del pueblo sería digna de compasión porque la mayoría no tiene sino la camisa y los calzoncillos hechos con esta tela de la que les he hablado antes (carta del 13 de enero de 1904)

A propósito de los clientes y de las formas de pago, siendo un gran número de ellos gente humilde que no disponía siempre del dinero para pagar al contado, Jean Baptiste precisa el detalle siguiente, que le permite adquirir otro estatuto en la tienda al llevar el libro de cuentas:

Tenemos aquí lo que llamamos el libro de la tienda que es una especie de gran libro para las personas que compran mercancía para pagarla después a plazos semanal o mensualmente. Para hacer más rápido porque estamos ocupados todo el día, o casi, con los clientes, apuntamos en un borrador lo que compran o el dinero que traen. Yo soy el encargado de pasar todas las mañanas estos artículos al libro de la tienda (carta del 21 de enero de 1904).

Las ventas en la tienda eran irregulares según los días: los sábados, domingos y lunes solían ser días buenos con ventas que podían alcanzar quinientos pesos y los jueves eran peores con apenas doscientos pesos. Una tarea muy importante para la tienda era el inventario anual. Ocupaba a toda la plantilla durante casi un mes, y en "La Bufa" solían empezarlo a finales de junio. Tenían que medir uno por uno cientos de rollos de tela, y para que no estorbara la venta madrugaban para empezar antes de la apertura de la tienda o trabajaban después del cierre. Inclusive dedicaban varios días de fiesta (julio es mes de fiestas en Guanajuato) a este trabajo para terminarlo a tiempo. Al final toda la relación de las mercancías en la tienda se consignaba en un libro de cuentas. Este balance permitía renovar las existencias, y a este efecto Martin o Joseph Lissarrague viajaban a la capital a principios de agosto para hacer las compras necesarias.

Pero si el joven emigrante evoca ante todo el mundo de la tienda en que trabaja y sus preocupaciones profesionales, relata también lo que hace durante sus ratos libres: corridas de toros, circos, fiestas nacionales o de la localidad, visita de Porfirio Díaz a Guanajuato para inaugurar monumentos, paseos por la presa La Esperanza o por los campos que rodean la ciudad. Durante estos paseos muchas veces les acompañaba un fotógrafo. Una de estas fotografías nos parece digna de interés, ya que representa a un grupo de ocho emigrantes, compañeros de trabajo de Jean Baptiste y otros, tendidos en el suelo como para descansar durante su paseo por el campo. Están delante de la casa humilde de unos campesinos que están de pie y llaman la atención tanto la ropa como las actitudes de los protagonistas. El original de esta fotografía, que perdió su calidad debido a los años, no permitía ver otro detalle sorprendente que apareció al esclarecerlo: en el extremo izquierdo aparece una mujer sentada, medio escondida como si no quisiera o no debiera mostrarse.



**Charles Félix Markassuza, administrador de haciendas en Michoacán** Al no tener descendencia, el emigrante vascofrancés Carlos Markassuza, residente en México desde 1872, trajo del País Vasco a tres de sus sobrinos: primero llegó Charles Markassuza Bernal, hijo de su hermano Prosper; en 1910 vino Charles Félix Markassuza, hijo de Félix y autor de las cartas que se presentan aquí, y en 1911 llegó Prosper Pucheu, hijo de Françoise Markassuza. Quería formarlos para que administraran sus haciendas, pero el único que parecía tener dotes para hacerlo era Charles Félix. El muchacho había nacido el 27 de mayo de 1893, era el mayor de tres hermanos (dos varones y una hembra) y sus padres eran agricultores propietarios de su granja una Labets, cerca de Saint Palais, en la provincia de Benafarroa. Siempre tuvo predisposiciones para el trabajo en el campo y a los 15 años de edad ingresó en la Escuela Práctica de Agricultura de Ondes, departamento de Haute-Garonne, para cursar una carrera de dos años. Este establecimiento, especializado en la cultura de la vid y en todas las formas de agricultura, contaba con una maquinaria completa que facilitaría la adaptación de nuestro futuro emigrante a la agricultura intensiva de las haciendas mexicanas.

Se embarcó el 21 de septiembre de 1910 en el vapor *La Navarre*, que zarpó de Saint Nazaire con destino a Veracruz. Tenía 17 años de edad e iba acompañado por Laurent Lissarrague, emigrante vascofrancés natural de Hasparren y apoderado de Carlos Markassuza, y por Martin Lissarrague, padre de Laurent y de los que ya hemos hablado. Empezó su correspondencia a bordo del buque, y durante su estancia de 33 meses escribió 51 cartas a su familia. Además de relatar los episodios trágicos de la Revolución, aporta información muy interesante sobre el trabajo cotidiano en

Autor no identificado  
*Emigrantes en los alrededores de Guanajuato*,  
ca. 1906, Jean Baptiste  
Lissarrague es el último a  
la derecha.  
Col. Archivo familia  
Lissarrague



Autor no identificado  
Charles Félix Markassuza,  
dos años después de su  
llegada, 1912,  
Col. Archivo familia  
Markassuza

una hacienda, los cultivos de maíz y trigo y las herramientas utilizadas. Quizá lo más interesante sea la situación social en las haciendas de su tío y donde persistía una organización heredada de la colonia, con peones explotados, mal retribuidos y que dejaban su sueldo en la tienda de raya del hacendado; arrendatarios que debían entregar parte de la cosecha y un hacendado ausente que dejaba su propiedad en manos de los administradores y recogía los cuantiosos beneficios generados en ella.

Carlos Markassuza destinaba a su sobrino a la administración de sus haciendas. Confiaba mucho en sus cualidades y quería que hiciera su prueba en la hacienda michoacana de Zurumuato. El joven muchacho descubrió un mundo nuevo, extraordinario para él por la extensión de la hacienda y se entregó completamente a la tarea que le había sido encomendada. Enseguida se amoldó a la vida en el campo mexicano, levantándose a las tres de la madrugada para ordeñar las vacas, visitar los campamentos de peones y recorrer a caballo las miles de hectáreas de la hacienda.

Después de unas escasas semanas de aclimatación, Charles Félix empezó a entender la manera de funcionar de una hacienda y se dedicó totalmente a su labor. Llegó en plena siembra del trigo, tarea que ocupaba los meses de octubre y noviembre por completo, y le pidió autorización a su padrino para hacer pruebas de siembra del trigo con una sembradora y otros experimentos. Escribía:

Desde hace unos días, fabrico mantequilla y el otro día le mandé un poco a mi padrino; me pidió que le mandara la lista de herramientas que yo necesitaba para montar una lechería para enseñarle a un obrero a fabricar mantequilla y queso [que vendería unos meses más tarde en la carnicería de un emigrante de Hasparren, Salvat Lahirigoyen]. Al mismo tiempo, tengo que arreglar el huerto bastante grande y cuyo beneficio se comparte a medias con el obrero que lo mantiene pero sólo tiene algunas coles y no se ha sembrado nada más. Voy a transformarlo en jardín y huerto a la vez, así la comida será más económica y también más variada porque hasta el momento, sólo comemos carne... En estos días le he aconsejado a padrino la compra de agavilladoras; creo que va a comprar una decena. Son máquinas muy necesarias porque aquí se cosecha con la hoz y como este año hay más trigo que los anteriores, los obreros no darían abasto. Esta semana hemos terminado la siembra del trigo y en total se han sembrado 1040 hectolitros porque aquí son llanuras inmensas (carta del 28 de noviembre de 1910).

El cultivo del trigo alternaba con el del maíz, base de la alimentación de los campesinos. La siembra del trigo se hacía en octubre y noviembre y la cosecha en abril y mayo; el maíz se sembraba en junio y se recogía en enero. Los días en que llegó Charles Félix a la hacienda de Zurumuato el maíz sufrió unas heladas y los rendimientos fueron menores: unos 6 000 hectolitros cosechados en vez de los 18 000 habituales.

Charles Félix no dice cuántos jornaleros agrícolas se emplean en las distintas tareas en la hacienda. Mas por las fotos enviadas, donde se ven en los campos o los graneros de la hacienda, parece que eran centenares. Nos comunica también detalles al respecto que no dejan dudas sobre la plantilla de Zurumuato:

Los domingos, vamos a misa a la iglesia que linda con la hacienda. Nos ponemos todos los empleados juntos en el lado que nos está reservado. Después de misa se hace el pago de los obreros que dura entre tres y cuatro horas. Cada semana hacen falta para pagarles más de 2 000 francos es decir 4 000 pesos de aquí dando solamente dos francos de aquí a los obreros adultos (carta del 6 de noviembre de 1910).

La expropiación de tierras indígenas durante el Porfiriato creó una gran reserva de mano de obra que buscaba emplearse en las haciendas. Se habló mucho de la condición de semiesclavitud en que estaban sumidos los peones mexicanos, y que junto con el desigual reparto de tierras llevó a la Revolución de 1910 y a la Reforma agraria. Antes del Porfiriato había cuatro clases de trabajadores en las haciendas mexicanas: los peones de residencia, también llamados acasillados, los trabajadores eventuales, los arrendatarios y los medieros o aparceros.<sup>2</sup> Aunque circuló poca información sobre las haciendas durante el Porfiriato, sabemos que a principios del siglo XX la situación social descrita no había cambiado mucho. En las fotos que mandó Charles Félix de la hacienda de Zurumuato aparecen cientos de peones laborando, inclusive muchos niños, y en sus cartas habla de los aparceros que siembran el maíz por cuenta propia, así como para Carlos Markassuza después de la cosecha del trigo; también habla de 600 o 700 trabajadores eventuales que sale a buscar en enero de 1912 y que se van a necesitar durante cinco meses para la construcción de canales en la hacienda.

Otra forma de obligar a los peones a depender de la hacienda fue la bien conocida "tienda de raya". Existía ya en la hacienda colonial y los peones encontraban en ella todo lo que necesitaban, pero muchas veces a un precio tan alto que no podían pagarlo al contado y lo que debían se marcaba por una raya. A veces el salario de los peones llegó a pagarse con artículos de la tienda de raya. Muchos de ellos tenían tantas deudas que al final quedaban obligados a trabajar en la hacienda hasta poder pagarlas.<sup>3</sup> Era una forma de contar de forma perenne con una fuerza laboral estable, y para el peón se convirtió también en la seguridad de tener trabajo de forma continua. Esta relación de dependencia entre peón y amo subsistió hasta el siglo XX y se verificó en las haciendas de Carlos Markassuza. Este hecho no dejó de sorprender a su sobrino, que poco a poco se fue enterando de la manera en que su tío se había enriquecido. En su carta del 6 de noviembre de 1910 escribe:





Autor no identificado  
Cosecha en  
la hacienda Santa Rosa,  
propiedad de Charles Markassuza  
1913  
Col. Archivo familia Lissarrague

Aunque estamos más alejados de los centros urbanos que en Labets (su pueblo del País Vasco), tenemos más comodidades; el teléfono llega hasta la estación de ferrocarril y también hasta Santa Ana (la otra hacienda de mi padrino, aún más extensa que ésta). Cuando nos hace falta algo, lo buscamos en la tienda; esta tienda está en la misma hacienda y pertenece a mi padrino. Los obreros de la hacienda se abastecen allí, lo que hace que recupera casi todo el dinero del sueldo. Por este medio, gana unos 30 000 francos anuales en la tienda.

Eran sin duda métodos medievales de explotación del hombre y esa realidad se compaginaba con otras actitudes paternalistas, que consistían en agradecer y premiar el buen trabajo de los peones. Charles Félix describe de esta manera la cosecha de trigo en junio de 1911:

Desgranamos con dos trilladoras durante 43 días consecutivos e hicimos una media diaria de 360 sacos de 93 kgs pero ciertos días conseguimos hasta 540 sacos del mismo peso. Aquí se puede ver lo que son una trilla y unos trabajadores. Aunque el año no haya sido muy favorable hemos cosechado 20 000 hectolitros de trigo que se venderán a 9 pesos cada uno. Es la hacienda más pequeña pero la que más produce porque la Hacienda de Santa Ana sólo dio 17 200 hectolitros y la de Tupátaro, 16 000 hectolitros. Era de ver el movimiento que aquí había, una multitud de obreros trabajando en los campos, una cuarentena de carretas llevando el trigo al almacén donde las dos máquinas empezaban a trabajar muchas veces a la una de la madrugada y nosotros estábamos allí también porque teníamos que dar el ejemplo y vigilar a la vez. Una vez terminada la trilla, ofrecimos un banquete a los obreros y hasta les pagamos la música. Todo terminó muy bien y ovacionamos varias veces a los empleados de la hacienda gritándoles: ¡Vivan!

En tres meses, y con apenas 17 años de edad, Charles Félix se convirtió en segundo administrador de la hacienda de Zurumuato. En efecto, Jean Baptiste Dourritçague, el vascofrancés que ocupaba este puesto sufrió fiebre tifoidea y estuvo varios meses ausente. El joven emigrante dejó entrever muy pronto sus cualidades: era trabajador, emprendedor y no vaciló en aportar innovaciones a pesar de su escasa experiencia. Encargó semillas de trigo y de maíz a su antigua escuela de agricultura de Ondes, para cambiar las variedades y sembrar otras con mayor rendimiento. La siembra de trigo de 1911 empezó el 1 de octubre y duró hasta principios de diciembre. Charles Félix la describe en su carta del 28 de noviembre:

Cada día trabajamos con 250 arados de hierro. Como todo el terreno fue inundado, la tierra se trabaja muy fácilmente y aunque los bueyes no son de los más fuertes, avanzan con facilidad. La manera de sembrar de aquí es la siguiente: cada hombre agarra su arado y detrás de él un niño siembra la semilla de trigo en el surco; después se pasa una grada dentada y otra de ramajes. Por supuesto, todos no trabajan juntos, se dividen en grupos llamados "avíos" dirigidos por un capitán. Cada avío consta de 21 arados y 4 gradas; además en cada avío un hombre lleva la comida de todos con un burro y otro sólo abastece en agua a los trabajadores. Otros dos hombres llamados boyeros se encargan de traer los bueyes del campo hasta el lugar de la siembra; aquí se suele trabajar sólo media jornada, es decir que los que trabajan por la mañana no lo hacen por la tarde. En Zurumuato hay 11 avíos de este tipo; a la cabeza de estos avíos están los rancharos que tienen a su cargo cierto número de avíos. Para dirigir a los rancharos hay un mayordomo mandado a su vez por el administrador de la hacienda.

La cantidad de trigo sembrada ese año fue de mil sacos en Zurumuato y otros tantos en la hacienda de Santa Ana, donde empezó a trabajar también el muchacho. Al año siguiente se cosecharon 20 mil hectolitros de trigo en Zurumuato y 19 mil en Santa Ana, trillados esta vez con cinco máquinas. El mismo año la cosecha de maíz (que era sembrado por los aparceros) alcanzó los 35 mil hectolitros entre las dos haciendas.

Desde octubre de 1910 hasta abril de 1911 Charles Félix trabajó en la hacienda de Zurumuato para aprender su oficio de administrador; fueron siete meses durante los que su tío quedó totalmente satisfecho. Escribía todos los meses a sus padres contándoles con sumo detalle su vida y la situación en la hacienda. No menciona en ningún momento la situación política en el país hasta el 1 de mayo de 1911, fecha en que la Revolución mexicana le alcanzó y no tuvo más remedio que comentársela a sus padres. En todas sus cartas procuraba tranquilizarles sobre los acontecimientos graves que atravesaba el país, y minimizaba los acontecimientos trágicos y el peligro que él mismo corría.

Carlos Markassuza, tío del joven inmigrante, residía entonces en la capital mexicana y sólo se desplazaba de cuando en cuando a sus haciendas del Bajío, dejándolas en manos de sus administradores. El 1 de enero de 1911 adquirió la hacienda de Tupátaro en Guanajuato, muy cerca de las otras tres que poseía en Michoacán, y en abril de 1911 creó la Compañía Agrícola Franco-Mexicana que agrupaba las haciendas de Tupátaro, Zurumuato y Santa Ana Mancera. El 1 de mayo de 1911 Charles Félix escribió a sus padres una carta que empezaba con las siguientes palabras:



Autor no identificado  
Banquete y fiesta de  
los trabajadores de la  
hacienda de Zurumutato  
1911,  
Col. Archivo familia  
Markassuza

Quizá se sorprendan al recibir esta carta escrita desde México D. F.; a mí también me sorprende escribirsele porque no pensaba venir aquí. Estoy en la capital desde el sábado por la mañana. Mi padrino nos trajo aquí a mí primo y a mí a causa de la revolución que reina actualmente en la república. Temerosos de que nos fuera a pasar algo durante estos días de rebeldía, mi padrino y mi tía quisieron ponernos a salvo. Sin embargo, espero y es muy probable que dure pocos días y por consiguiente pronto podremos regresar a la hacienda [...]. (carta del 1° de mayo de 1911).

Se refiere a los acontecimientos que aceleraron el derrocamiento del dictador: la toma de Ciudad Juárez por Pancho Villa y de Cuautla por Emiliano Zapata. Las tropas de Porfirio Díaz fueron vencidas, y ante la derrota de su ejército el dictador dimitió el 25 de mayo y abandonó el país a bordo del crucero alemán *Ipiranga*. Charles Félix relata los hechos:

Por la presente les confirmo la mía del 1 del corriente en la que les anunciaba que estábamos en México a causa de los disturbios revolucionarios que molestaron un poco a los trabajadores del país. Pero ahora, la revolución propiamente dicha se ha acabado porque estos últimos días se firmó un tratado de paz entre los revolucionarios triunfantes y el gobierno y anteayer el nuevo presidente tomó el lugar del antiguo contra quien se había alzado el pueblo. Ahora salió rumbo a Francia y seguramente oirán Uds. hablar de él a su llegada (se llama Porfirio Díaz). Es muy probable que regresemos pronto a la hacienda porque los pocos bandidos que quedan serán dispersados rápidamente [...]. Mi padrino no fue a la hacienda como tenía previsto a causa de la revolución [...]. (carta del 27 de mayo de 1911).



Acaba de mencionar por primera vez a los bandidos que operan en la región de la hacienda de Zurumuato en que trabaja. En otra carta, escrita a su padre el 25 de junio de 1911 y de vuelta ya en la hacienda, aclara la situación:

Llevamos aquí quince días después de estar más de mes y medio en México llevando una vida de príncipe de la que estábamos cansados. Personalmente, confieso que he vuelto a la hacienda con sumo placer. Decidieron nuestra fecha de regreso cuando se vio que volvía la calma, aunque en la región en la que se encuentra la hacienda no hubo casi nada. Pero se temía el bandidaje y fue sólo cuando se firmó la paz entre el gobierno y los revolucionarios cuando juzgaron conveniente nuestra salida. En realidad, de los revolucionarios que defienden la causa del Sr. Madero, no había que temer absolutamente nada porque son hombres honrados y adonde llegan, como en Zurumuato y Santa Ana, sólo exigen algunos caballos arreados y armas que todo el mundo les entrega con gusto para contribuir a la defensa de los derechos por los que Madero alzó al pueblo y armó la revolución. Pero bajo el nombre de revolucionarios se forman a veces grupos de bandidos que se dedican a saquear; y por eso fue que nos mandaron a México. Allí también fuimos testigos de varias manifestaciones revolucionarias y la más peligrosa fue la que tuvo lugar la víspera de la dimisión del presidente anterior. Asistimos también a la recepción del Sr. Madero que quedará famosa porque fue memorable y solemne; nadie hubiera imaginado semejante recibimiento, con una muchedumbre innumerable que no paraba de aclamar y echarle flores a Madero. Y el pobre Madero tardó más de cuatro horas para llegar a su casa desde la estación. Y eso que su casa no es muy distante pero debía contestar a todos los vivas con saludos, con palabras familiares

Autor no identificado  
 Hacienda de Zurumuato,  
 Imagen enviada  
 por Charles F. Markassuza a  
 su hermano con el siguiente  
 comentario: "Así podrás ver  
 que estamos menos atrasa-  
 dos de lo que pensabas".  
 1911  
 Col. Archivo familia  
 Markassuza

y lo hizo durante cuatro horas en un coche magnífico que avanzaba muy lentamente. El pueblo gozaba tanto al verle que fue un verdadero delirio. Mi padrino había ido a buscar al jefe revolucionario hasta una ciudad llamada Celaya donde se hizo un banquete en honor a la llegada de dicho jefe. Por consiguiente mi padrino está en buenos términos con el gobierno actual al igual que con el precedente pero en el actual tiene varios íntimos amigos, en particular el Sr. Madero (carta del 5 de junio de 1911).

Además de los detalles interesantes sobre el episodio de la llegada triunfal de Madero en la capital mexicana, después de la renuncia del dictador Díaz, esta carta aporta indicaciones sobre el carisma del nuevo hombre fuerte del país. En los campos le apoyan y participan de buen grado en el arrebató revolucionario porque lo acompañan ideales nobles que el joven vasco parece compartir. Estuvo meses en la hacienda, y a pesar de representar los intereses de su tío hacendado tuvo tiempo de entrever las duras condiciones de vida de los peones y entenderles cuando colaboraban con los revolucionarios. Sin embargo, temía a los llamados bandidos, según él meros saqueadores que nada tenían que ver con los revolucionarios y que empezaron a crear disturbios en el campo después de la toma del poder por Madero:

En nuestra comarca hemos tenido tropas de bandidos que llaman “una gavilla”; saquearon haciendas vecinas pero no se atrevieron a venir a la nuestra<sup>4</sup> porque sabían que estábamos bien armados y listos para contrarrestar un ataque por fuerte que fuese. En esos momentos, yo era el único representante de la familia con los empleados, quienes con el administrador a su cabeza, tenían miedo y querían doblegarse. En la hacienda no se encontraban ni Prosper ni Laurent;<sup>5</sup> y tenía que animarles a cada rato. De esa manera y sabiéndonos armados los bandidos no se arriesgaron a pesar de encontrarse en las tierras de la hacienda. No les faltaban ganas porque ciertos días estuvieron a punto de venir. La situación es tal como se la describo pero no teman, no hay ningún peligro para nosotros porque la hacienda tiene una buena ubicación para defenderla (carta del 23 de noviembre de 1911).

Un poco más de un año después de su llegada a México, el joven inmigrante estaba metido en plena Revolución; le gustaba su trabajo de administrador en la hacienda y se entregaba totalmente a su misión. No quería decepcionar a su tío, que confiaba totalmente en él y no vacilaba en exponerse al peligro frente a revolucionarios, deseosos de los bienes de Carlos Markassuza. En otros estados del país la situación era casi idéntica: extranjeros propietarios de haciendas fueron también amenazados,<sup>6</sup> pero al contrario de Carlos Markassuza muchos no apoyaban a Madero, y menos aún a los zapatistas. Fue el caso de numerosos hacendados españoles que fueron inquietados y atacados por oponerse a los revolucionarios, quienes los acusaban de haber alienado al pueblo mexicano, usurpado las tierras de los indígenas y haberlos transformado en esclavos. Charles Félix pronto encontró la situación pesada y quizá encontraría legítimas las reivindicaciones de los revolucionarios cuando decía: “si mi padrino hizo fortuna es porque le gustaba recibir mucho y dar nada y esto no ha cambiado” (carta del 8 de enero de 1912).

Presintiendo que los disturbios no iban a cesar, y viendo el peligro omnipresente, en enero de 1912 el joven vasco participó a sus padres su proyecto de ir a Estados



Unidos para aprender inglés y tener otra experiencia en la agricultura en ese país. Deseaba quedarse allí un par de años antes de volver a trabajar en las haciendas de su tío. Esperaba tener el apoyo de Laurent Lissarrague, muy escuchado por Carlos Markassuza, para que éste le consiguiera un empleo gracias a sus relaciones en la comunidad estadounidense de México.

*Autor no identificado  
Hombres en armas  
en la hacienda Zurumuato  
a principios del siglo XX  
Col. Archivo familia  
Markassuza*

Finalmente, habiéndose negado a ello sus padres de manera tajante, y pareciéndole a su tío una idea demasiado prematura, el muchacho tuvo que renunciar a su proyecto. A principios de 1912 las revueltas seguían en el país:

La Revolución mexicana propiamente dicha está acabada desde que el Sr. Madero fue nombrado presidente de la República pero lo malo es que una banda de revolucionarios que habían ayudado a Madero ha seguido, no como revolucionarios honestos sino como bandidos que invaden y saquean varias comarcas. Los persiguen sin tregua pero como México posee montañas cubiertas de malezas, es casi imposible acabar con ellos tanto más cuanto que los bandidos conocen perfectamente los refugios y tienden a cada rato emboscadas a los soldados del gobierno. Muy cerca de la hacienda tenemos bandidos también pero pienso que no vendrán [...] (carta del 24 de enero de 1912).

La región en que estaba situada la hacienda de Zurumuato no fue perdonada por las gavillas de bandoleros, que se constituyeron durante el periodo revolucionario. Entre ellos, dos jefes rebeldes se ilustraron pasando a la posteridad pero por motivos bien diferentes; se llamaban Benito Canales Godínez y José Inés Chávez García. Muchas veces las gavillas tenían efectivos numerosos, actuaban de forma rápida y a menudo violenta. Charles Félix Markassuza lo confirma:

Actualmente, México se encuentra en un estado deplorable, todo está lleno de bandidos. Aquí también hemos tenido y estaba sólo para enfrentarme con ellos, yo el más expuesto porque aquí raptan a los hijos o parientes de hombres ricos que liberan después de pagar un fuerte rescate pero antes les hacen sufrir. Naturalmente, pasé por momentos malos pero gracias a mi sangre fría y a mi actuación me he mantenido vivo; pero no se asusten, no pasará nada (carta del 21 de febrero de 1912).

Empieza a quedar claro que el joven era el blanco de los revolucionarios. Daba la cara al querer defender los intereses de su tío y quedaba como un enemigo potencial, pero antes que todo como rehén que se podría canjear. Un mes más tarde puntualiza:

Mi padrino confía en mí porque mi conducta ha sido tal en estos tiempos de revolución. Porque en estos momentos la situación en el país es insostenible. La gran revolución de la que hablan ustedes no fue absolutamente nada, aquí apenas hubo nada mientras que ahora, la comarca está plagada de salvajes y bandidos; la última vez no había ningún peligro mientras que ahora me pueden matar a cada instante. Sin embargo, me quedaré aquí para defender los intereses de mi padrino. Mi vida peligró en numerosas ocasiones, hasta he tenido diez rifles en el pecho a punto de dispararme [...] (carta del 16 de marzo de 1912).

En 1912 la situación en el país se caracterizaba por una total inestabilidad, Madero no podía unir a su causa a los jefes rebeldes y promovió a Pancho Villa al rango de general de brigada para poder contar con él y garantizar su lealtad. Finalmente éste sería encarcelado por insubordinación y pillaje por el general Huerta, jefe del ejército federal que había derrotado a las tropas de Pascual Orozco. En el mes de junio Charles Félix Markassuza fue enviado de Zurumuato a la capital para ponerlo a salvo del peligro que corría en la hacienda. Aporta nuevamente su testimonio sobre la situación:

Autor no identificado  
*Vascos disfrazados de  
revolucionarios,  
hacienda Zurumuato,  
Michoacán, 1912.*

A la derecha, Charles Félix Markassuza, a la izquierda, su primo Prosper Puche, nº1 y nº2: una pareja de emigrantes vascoespañoles, nº3: el administrador vascofrancés de la hacienda, J.B. Dourritçague. Col. Archivo familia Markassuza

Llevo aquí ya unos días y he venido a causa de los bandidos que eran unos quinientos y cometieron atrocidades. Me quedé varios meses con ellos, en medio de ellos, pero como evadí la muerte quién sabe cuántas veces, preferí no quedarme más y mi padrino me mandó buscar por ello. Estoy entonces en México donde me encuentro muy bien [...]. Desde el mes de enero, el tío posee una nueva hacienda que recibió en herencia<sup>7</sup> de la madrastra de mi tía Dolores. La hacienda es extensa, fértil, ubicada cerca de una ciudad bastante importante y posee una fábrica de harina bien equipada. Calculan que puede proporcionar unos 35 000 francos anuales... La Revolución dista mucho de haber acabado y ahora tiene la forma de un bandolerismo que acaba con todo. Mi padrino ha perdido bastante dinero últimamente [...] He estado enfermo en estos días: una congestión del hígado a causa de la preocupación con todos esos bandidos [...] (carta del 16 de marzo de 1912).

Ayer los soldados del gobierno y los revolucionarios se enfrentaron durante todo el día, terminándose la batalla a favor del gobierno según los últimos telegramas aunque dicen otros que los federales perdieron buena parte de sus hombres. Por eso no se sabe nada seguro (carta del 4 de julio de 1912).

Esta última fotografía mandada oscila entre lo cómico y lo trágico; en efecto, nos enseña a emigrantes vascos, entre ellos el propio Charles Félix, “jugando a los revolucionarios” como él mismo comenta al dorso del documento. Durante toda su estancia en México intentó restarle importancia a los hechos graves que ocurrían con el único objetivo de tranquilizar a sus padres. Nunca ocultó nada sobre el peligro que corría, pero a la vez no quería pensar que podía pasarle algo grave.

En julio de 1912, para alejar a su sobrino de los revolucionarios que operaban en la zona de la hacienda de Zurumuato, su tío Carlos Markassuza lo mandó a León, para que se hiciera cargo de la hacienda de Santa Rosa que acababa de recibir en herencia. En sus siguientes cartas el muchacho seguía insistiendo en el hecho de que era una zona tranquila, sin disturbios. Sin embargo, el 25 de junio de 1913 cayó mortalmente herido por una bala disparada por hombres armados que llegaron a saquear la hacienda.

Si la estancia de Charles Félix Markassuza fue corta y terminó de manera trágica, no se puede decir que Jean Baptiste Lissarrague, el joven vendedor de telas de Guanajuato, corrió mejor suerte. Después de terminar su servicio militar en Francia, en 1908 regresó a México para seguir trabajando en la tienda de la familia. No se conservan cartas suyas de esa época, pero cuando estalló la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, el muchacho decidió regresar a su país para participar en la contienda. Jean Baptiste murió el 12 de octubre en el norte de Francia, en un asalto de su regimiento contra las tropas alemanas, lejos de México y de su natal País Vasco.

Nunca sabremos lo que hubiese sido de estos dos emigrantes si la muerte no les hubiese sorprendido tan jóvenes. Les tocó vivir durante una época crucial en la historia de México, y con sus cartas y fotografías de gran valor testimonial supieron hacernos partícipes de su vida cotidiana y de los acontecimientos que sacudieron al país.



\* **Université de Pau et des Pays de l'Adour.**

1 Joseph Martin y Jean Baptiste Lissarrague, Michel Belescabiet, Dominique Lahirigoyen, José Escudero y Luis González

2 Friedrich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, Era, 1984.

3 François Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société, XVIème- XVIIIème-XVIIIème siècles*, París, Karthala, 2006, p. 385.

4 Zurumuato en Michoacán.

5 Prosper Pucheu Markassuza, primo que llegó a México poco después, y Laurent Lissarrague, apoderado de Carlos Markassuza.

6 Tayra Belinda Gonzalez Orea Rodríguez, “Estudio económico de dos haciendas del centro de México durante el gobierno revolucionario de 1913-1919”, tesis, México, Facultad de Economía. UNAM, 2002, p. 29.

7 Se trata de la hacienda de Santa Rosa en León.